

PUBLICACIONES *Cinema*

JACK HOLT *con*
Diana Gibson
Grace Bradley

en

50
PTAS.



**MARES
TURBULENTOS**

Mares turbulentos

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

LAMBERT HILLYER



PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

JACK HOLT

ROBERT ARMSTRONG

GRACE BRADLEY

DIANA GIBSON

CHARLIE MURRAY



TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI · BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

MARES TURBULENTOS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Hacia unas horas que se había declarado un incendio en la bodega del vapor «Brazil». La tripulación luchaba denodadamente para sofocarlo, mientras los pasajeros, en número reducido por tratarse de un barco de escaso tonelaje, bailaban al són de la orquesta del buque. Se les había enterado del accidente, asegurándoles que no corrían peligro alguno, ya que el incendio había sido localizado inmediatamente y acabaría por ser extinguido, pero era imposible dominar cierto nerviosismo...

Mientras tanto, el capitán del buque agonizaba lentamente en su camarote, asistido por el médico del barco. Una embolia había herido de pleno su naturaleza gastada y caduca.

Marlowe, el primer oficial, le substituía dignamente. Era un hombre joven todavía, alto, fuerte y sereno. Trabajaba para extinguir el incendio arengando a la tripulación, ayudándola cuando era necesario, levantando los ánimos cuando éstos empezaban a decaer al ver la inutilidad de los esfuerzos. Porque es lo cierto que allá abajo, en la bodega, el fuego devorador seguía desafiando todo humano intento para sofocarlo.

Precisamente aquella resistencia hacía que el pasaje empezara a alarmarse seriamente, a pesar de las seguridades recibidas de parte de la oficialidad. El bar continuaba lleno de gente, las parejas seguían bailando en la pista encerada, pero en el rostro de todos se leía claramente la inquietud interior que les atormentaba.

De pronto, una mujer más nerviosa y excitable que las demás, que permanecía en un rincón del barco, pálida y desencajada, estalló en sollozos convulsivos, gritando:

—¡Basta ya de música! Vamos a morir todos achicharrados. ¡Qué horror! Esta situación es insostenible.

Aquello fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso. Todo el mundo evidenció su pánico contenido hasta aquel momento de lo que sucedía en el ánimo de los demás pasajeros, trataba de calmarlos. Ahora intentó un supremo esfuerzo hablándoles con su voz dulce y persuasiva.

—¡Calma, señores, calma! Los oficiales nos han dicho que jaba sola, y que desde hacía mucho rato, dándose perfecta to... Todo el mundo menos un mujer joven, bellísima, que vino no hay nada que temer y así es en efecto. El fuego ha sido localizado y esto aleja todo peligro. Pero aunque no consiguiera ser extinguido podríamos llegar a puerto sin necesidad de abandonar el barco en alta mar. Estamos a más de veinte millas de la costa y con un temporal como éste sería mucho más peligroso lanzarnos a la aventura.

—¿Quién es usted para opinar de esta manera? — inquirió un pasajero dirigiéndose a la joven.

—Soy hija y nieta de marinos, he cruzado el mar en todas direcciones y he pasado por toda clase de peligros.

La voz de la razón hablaba por su boca, pero los ánimos estaban demasiado excitados para que pudieran oírla. Prefirieron creer las palabras de otro pasajero que se mostraba inclinado a que todo el pasaje abandonara el barco cuanto antes.

—Yo en cambio considero una locura suicida permanecer aquí. El fuego es inextinguible y si ahora no corremos peligro inminente, las circunstancias pueden haber variado dentro de poco. Si ustedes me delegan iré a hablar al capitán en nombre de todos, advirtiéndoles que tendrá que atenderme forzosamente, porque soy uno de los principales accionistas de la Compañía y tengo, por lo tanto, autoridad para hacerlo.

Un instante después, el pasajero llamaba a la puerta del camarote del capitán. Conocía la gravedad de su estado pero no le importaba. Lo que él quería era salvar su propio pellejo. La voz del médico le respondió:

—Adelante.

Simpson no se hizo repetir la orden. Entró resueltamente y sin hacer caso del gesto de inteligencia que le hacía el doctor indicándole que no hablara, se dirigió brutalmente al pobre enfermo.

—Capitán, siento mucho tener que molestarle en estos momentos, pero se trata de algo de capital importancia. Usted

conoce el incendio del buque y como hasta ahora ha seguido manteniendo la orden de que no se abandonara el barco, vengo a pedirle que la revoque.

El capitán le miró tristemente.

—Señor Simpson — dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar, dominando la terrible disnea que le ahogaba. —Yo quisiera poder complacerle, pero...

—En mi cualidad de accionista de la Compañía, creo tener derecho a opinar y decidir lo que más convenga, y lo que más conviene en este momento es abandonar el barco. Todos los demás pasajeros opinan como yo.

Los ojos vidriosos del capitán dirigieron su mirada hacia el médico, como pidiéndole consejo.

—¿Qué opina usted, doctor?

La férrea voluntad de aquel hombre vacilaba ahora y se hacía claudicante ante las intimidaciones de su interlocutor. Pronto todo habría terminado para él. Su cuerpo iría a reposar al fondo de aquellas aguas que tantas veces había surcado y que tanto amaba. Poco podía importarle ya que el barco que había capitaneado por espacio de muchos años alimentara en sus entrañas un fuego devorador e implacable, pero no quería irse al otro mundo con la inquietud de pensar que por una obstinación suya el pasaje del buque pudiera llegar a correr serio peligro.

—Mi buen Evans, ¿qué debo hacer? — murmuró, dirigiéndose de nuevo al médico que no había respondido a su primera pregunta. —¿Debo permitir que el pasaje abandone el barco o debo mantenerme firme?

—No sé, no sé — evadió el médico. —Es difícil opinar en una situación semejante.

Pero la obstinación de Simpson acabó venciendo la débil resistencia del viejo.

—Está bien — cedió al fin. —Que preparen todo y entretanto, haga venir a Marlowe.

La noticia de que el pasaje iba a abandonar el buque fué bien pronto conocida de todos. Los pasajeros la aceptaron con grandes demostraciones de regocijo y se dispusieron a hacer los preparativos. La oficialidad — que ni por un momento había perdido la sangre fría — se dispuso a cumplir las órdenes superiores sin protesta, aunque en su fuero interno opinaban lo contrario. Sólo Marlowe se mostró sorprendido y contrariado.

—Encárgate tú de esto un momento — ordenó a uno de

sus subordinados que se encontraba junto a él, ocupados ambos en ayudar a extinguir el incendio. —Yo voy a hablar con el capitán y hacerle ver lo absurdo de su idea. No creo que haya llegado el momento de alarmarse hasta el punto de hacer bajar al pasaje.

Pero era ya demasiado tarde. El viejo lobo de mar, que durante muchos años había sido su compañero de viaje, acababa de morir en aquel momento. Marlowe, al saber la triste noticia de labios del doctor, bajó la cabeza profundamente apenado. Pero no entró en el camarote para darle el último adiós. Los momentos eran demasiado graves para rendir un póstumo tributo al bravo marino, tendría tiempo de hacerlo más tarde, cuando hubiera cumplido con su primer deber profesional. De él y sólo de él dependía ahora la suerte de las personas que se hallaban a bordo. Comprendía que la orden de abandono del buque le había sido arrancada al capitán en un momento de debilidad suprema, cuando su pobre cerebro no era ya capaz de raciocinar y decidir claramente. Ahora Marlowe, en plena posesión de sus facultades, en plena conciencia de su responsabilidad, y en pleno conocimiento del grado de peligro que estaban corriendo todos, creía que su deber era revocar la orden y estaba dispuesto a hacerlo, costase lo que costase.

—Que suspendan inmediatamente todos los preparativos. El pasaje no abandona el vapor. Todos a sus puestos...

Los oficiales obedecieron como un solo hombre, y un instante después, los pasajeros que se habían agrupado ya alrededor de los botes de salvamento, se vieron sorprendidos por la desagradable noticia de que el primer oficial había ordenado suspender la partida. Un alud de protestas cayó sobre los pobres marineros encargados de arriar los botes, pero allí estaban los oficiales, revólver en mano, dispuestos a mantener la disciplina de a bordo.

Simpson, el autor de todo aquello, no se conformó fácilmente. Creía que su calidad de accionista de la Compañía le daba derecho a todo. Reglamento... disciplina... subordinación... ¿qué le importaba a él todo aquello? Fué derechamente al encuentro de Marlowe para apostrofarle.

—¿Ha sido usted el que ha ordenado esto?

—Sí, yo — repuso Marlowe serenamente.

—El capitán me delegó para que diera la orden de abandonar inmediatamente el buque.

—Y ahora yo ordeno todo lo contrario. El capitán acaba de fallecer, y yo, en calidad de primer oficial, asumo inmediata-

mente el mando del buque. Por lo tanto, ruego a todos ustedes que renuncien a la idea de partir y vuelvan al salón, a sus camarotes, a donde ustedes quieran, procurando serenarse y esperar tranquilamente los acontecimientos. Yo les prometo a todos ustedes conducirlos sanos y salvos a puerto, sin que el fuego de a bordo pueda impedirme cumplir esta promesa.

—No obedeceremos. La orden de usted es completamente arbitraria y entraña un grave peligro para todos nosotros. Es preciso estar loco para no comprenderlo así y por lo tanto...

El recalcitrante accionista no pudo terminar la frase. El fuerte puño del marino descargando sobre su rostro con toda su fuerza, le hizo enmudecer repentinamente. Cayó desplomado y cuando al cabo de un buen rato recobró el conocimiento, los pasajeros habían cambiado «voluntariamente» de opinión, en vista de los contundentes argumentos que empleaba el nuevo capitán para convercerles.

Allá abajo, en el cuarto de máquinas, el viejo Joe, el primer maquinista, se veía negro para contener a su gente. El pánico se había apoderado también de los maquinistas y fogoneros, que desde hacía unas horas se estaban achicharrando en aquel lugar infernal. También ellos querían abandonar el buque, y se disponían a amotinarse si era necesario, con tal de conseguirlo. Joe se disponía a hacer uso del revólver para hacer frente a la eventualidad de tener que combatir con aquellos hombrazos duros y fuertes que podían derribarle de un simple manotazo si fiaba solamente a sus menguadas fuerzas la tarea de convencerles de que debían permanecer en sus puestos. Pero el pobre hombre tenía la grandísima desgracia de echar a perder cuantos objetos caían en sus pecadoras manos. Su manía de desmontar cuantos artefactos llegaban hasta ellas, era casi siempre de funestas consecuencias. Porque daba la pícara casualidad que al montarlos de nuevo, con ánimo siempre de mejorar el trabajo de sus antecesores, le sobraban unas cuantas piezas que indudablemente debían ser totalmente inútiles, pero que impedían que el artefacto siguiera cumpliendo la misión por la cual había sido creado. Así sucedió con el revólver, y así seguiría sucediendo con todo lo que él cogiera. Se le había antojado desmontarlo en un momento en el que le estaba siendo absolutamente necesario, y cuando llegó el instante de imponerse a sus subordinados por la fuerza de las armas, el pobre revólver estaba hecho un acordeón, y no había manera de conseguir, no ya que funcionara, sino que tuviera la apariencia de un arma. Así lo debieron comprender

los maquinistas, que en lugar de retroceder asustados al ver que Joe les estaba apuntando, se limitaron a apartarlo de un manotazo, y subir al puente de mando, dispuestos a largarse también, dejando el pobre barco abandonado a su suerte.

Duros y difíciles eran los comienzos de Marlowe como capitán. A la insubordinación del pasaje, seguía la de la tripulación, mucho más difícil y terrible siempre. No evadió el peligro, sino que salió resueltamente a su encuentro, dispuesto a combatirlo y a vencerlo. Dick, el fogonero, un hombretón alto y fuerte como un gigante, bruto a más no poder, fué el encargado de decirle en nombre de sus compañeros lo que ellos habían decidido, y lo hizo del único modo que podía hacerlo un hombre como él.

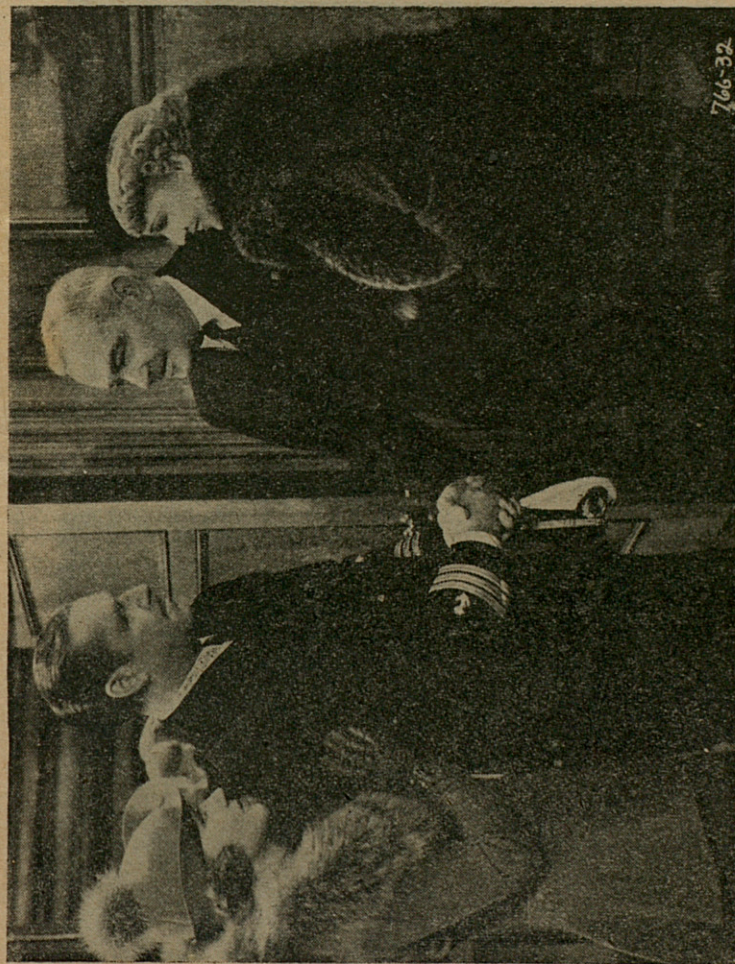
—Nos vamos. Dejamos el barco. No queremos achicharrarnos allá abajo. Que se quede el que quiera. Nosotros no queremos morir...

—¡Volved a vuestros puestos! — ordenó el capitán conminatorio.

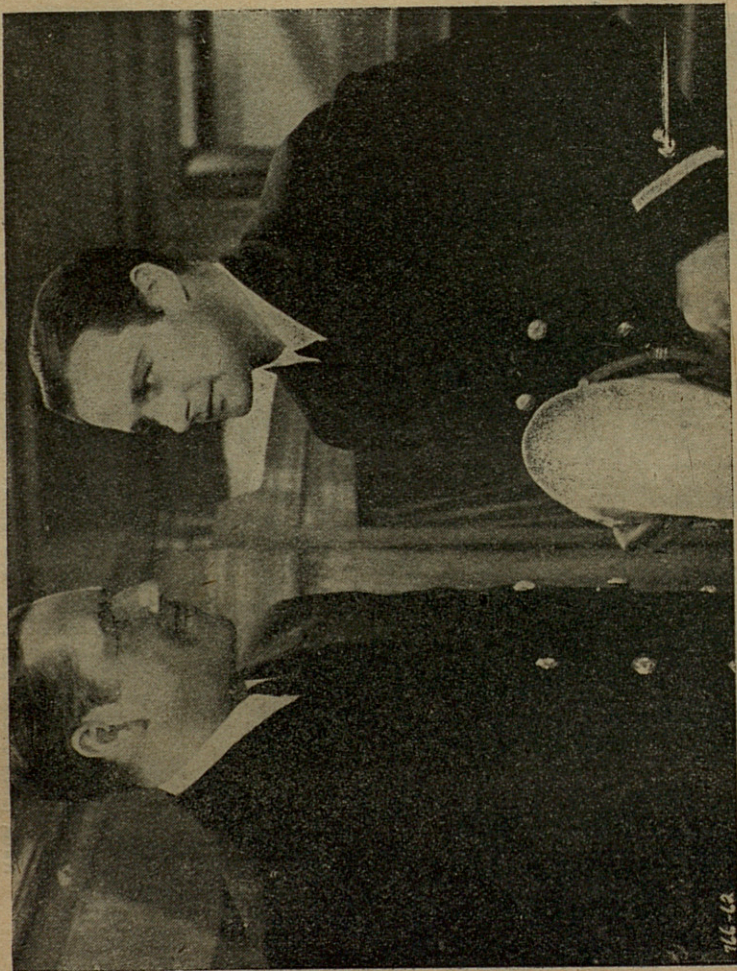
—Hemos dicho que no queremos volver y...

De nuevo la fuerza convincente del puño de Marlowe hubo de entrar en acción para reducir al insubordinado. También el agredido cayó al suelo abatido por el rudo golpe del puñetazo, pero esta vez, Marlowe no tenía que luchar contra un grupo de gente asustada, pero más o menos razonable y bien educada, sino contra una turba de hombres brutos y fuertes. Al inclinarse para auxiliar él mismo al hombre que había derribado, otro de los fogoneros, que llevaba una llave inglesa a la mano, levantó el brazo dispuesto a descargarlo sobre la cabeza de Marlowe. Afortunadamente para él, estaba a su lado Johnny, el joven piloto que hacía su primer viaje de prueba en el «Brazil», quien con un gesto rápido cogió el brazo del agresor, retorciéndolo con fuerza, hasta que le hizo soltar la llave. Entretanto, ya habían acudido los oficiales, que obligaron, revólver en mano, a volver a los insubordinados a sus puestos respectivos.

Una hora después, el incendio seguía en la bodega, siempre contenido por los esfuerzos de la gente de a bordo para impedir que se propagara a las demás dependencias del buque. La conciencia del peligro había llevado a unas cuantas mujeres al salón escritorio, y les había impulsado a coger la pluma para confiar al papel sus sentimientos y sus inquietudes. Una mujer de mediana edad, de aspecto agradable, escribía una carta que probablemente no sería cursada jamás,



Ruth, junto con su padre, se acercaron a Marlowe para darle su enhorabuena.



— Si tuviera que embarcar en el "Brazil" sin Vd. de capitán, renunciaría a mi puesto.

pero que en aquel momento conseguía por unos instantes alejar su pensamiento del peligro e infundirle una paz y un sosiego espiritual que de otro modo no habría alcanzado. Escribía a un hombre que había sido el compañero inseparable de su vida, a un hombre al que había querido siempre con un cariño constante y leal, y del que tal vez el Destino iba a separarla para siempre.

«Hay fuego a bordo. Nos han dicho que no corremos peligro alguno, pero por si acaso... Si no volviéramos a vernos, quiero repetirte lo que te dije tantas veces. Mi juventud declina, los años van pasando implacables, pero mi cariño por tí sigue siendo el mismo de siempre. ¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos? ¡Cuántos años han transcurrido desde entonces, cuántas alegrías, cuántas amarguras hemos pasado juntos!»

Otra que fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sin duda para entretener su nerviosismo, escribía otra carta en términos bastante distintos:

«Ahora comprendo tu empeño en que tomara este barco. Debías saber lo que iba a suceder ¡granuja! Porque a mí no me cabe la menor duda de que este incendio es intencional...»

La joven y bella rubia que tantas muestras de serenidad había dado en un momento en que el pánico se había apoderado de todos los pasajeros, se hallaba también sentada ahora ante un pupitre y confiaba al papel sus más íntimos sentimientos:

«Papá querido, yo no tengo miedo alguno. Soy digna hija de un gran marino como tú. Confío totalmente en Marlowe ¡Si lo hubieras visto haciendo frente a todas las dificultades desde el primer momento! Su entereza de ánimo, su serenidad, su conocimiento de todo, son admirables. Ellas han salvado al «Brazil», porque yo tengo la seguridad de que llegaremos sanos y salvos al primer puerto...»

Y firmaba:

«Tu hija Ruth».

Hacia bien la joven Ruth en confiar en la pericia de Marlowe. El primer oficial elevado a la categoría de capitán por fallecimiento de éste, cumplió debidamente la palabra empeñada. Y mientras Ruth sentía acrecentada su admiración hacia aquel hombre a quien quería con toda su alma, cariño que guardaba oculto en el fondo de su corazón sin confiárselo a nadie, ni siquiera a ella misma, Marlowe contemplaba con

adoración el retrato de una bellísima mujer que ocupaba el sitio de honor en su camarote, y que le sonreía a través de la fotografía. Aquella mujer era la esposa del bravo marino, y se había casado con ella hacía muy poco tiempo.

CAPÍTULO II

La Compañía armadora del barco abrió una encuesta para depurar responsabilidades por el incendio. De ella no sólo quedó enteramente a salvo el honor profesional de Marlowe, sino que su figura salió engrandecida y enaltecida. Toda la oficialidad del buque declaró en su favor, ensalzando su serenidad de ánimo en los momentos más difíciles y su firme oposición a que se abandonara el buque cuando todo el mundo se inclinaba a considerarlo inevitable. En cuanto a Joe, el maquinista, al ser requerido para que declarara los motivos que le obligaron a dejar subir a los maquinistas y fogoneros hasta cubierta, en lugar de mantenerlos a raya y obligarles a que permanecieran en sus puestos, hubo de confesar que su revólver había sufrido una pequeña avería completamente involuntaria y que por esta razón no pudo imponerse como lo habría hecho de contar con el arma defensiva.

A la encuesta asistieron Ruth y su padre, un ex capitán retirado que había sido el mentor y maestro de Marlowe. Su conocimiento, pues, databa de muchos años. Marlowe había conocido a Ruth de muy pequeña y la consideraba como una hermana menor, casi una hija, mientras que Ruth, en cambio, desde que se había convertido en una mujercita, había experimentado un notable cambio de sentimientos hacia él. Pero el hombre querido pertenecía a otra mujer, otra mujer que ahora, mientras tripulantes y pasajeros del «Brazil» declaraban en favor de su marido, permanecía sentada junto a él, rebosante de gozo, contemplándole con ojos amorosos. También los ojos de Ruth se dirigían de vez en cuando hacia Marlowe, pero a ella no le estaba permitido sentarse a su lado, sentir la presión de la mano del marido sobre la suya, ni siquiera le era permitido exteriorizar demasiado su sentimiento de admiración hacia él. Sólo al final, cuando por boca del Presidente de la Casa armadora se enteraron todos los allí reunidos que, apenas el «Brazil» sería reparado de los estragos

producidos por el fuego que, según se comprobó había sido causado por combustión espontánea, Marlowe sería nombrado capitán efectivo del barco, pudo Ruth, junto con su padre, acercarse al marino y darle su enhorabuena, con palabras que la emoción hacía más sinceras. Marlowe hizo entonces la presentación de las dos mujeres que no se conocían todavía.

Joan, la esposa del marino, era una muchacha joven, tan joven como Ruth, hermosa también como ésta, pero con una belleza muy distinta. La hermosura de Ruth era una hermosura delicada y frágil, mientras que la de Joan era picante e incitante. Era rubia también, pero de un color más oscuro que Ruth, y de pequeña estatura, un poco llenita de carnes, mientras que Ruth, en cambio, era alta y delgada.

—Hace muchos años que conozco a su esposo y hemos sido siempre buenos amigos — dijo sonriendo, mientras estrechaba la mano que Joan le tendía. —Espero que nosotras también podremos llegar a serlo.

—Con mucho gusto... cuando regresemos de nuestro viaje — repuso Joan — sonriendo también y mirando a Ruth con una expresión un poco agresiva. —Porque ha de saber usted que el primer viaje que haga Marlowe en el «Brazil» habremos de hacerlo juntos.

—Joan — dijo entonces Marlowe interviniendo. —El padre de Ruth es mi admirado maestro, del que tantas veces te he hablado. Juntos navegamos durante muchos años y a él debo todos mis conocimientos náuticos.

—No lo crea usted, señora. Su marido nació para marino, eso es todo. Yo no soy su maestro, sino su admirador más sincero. Ruth, que viajaba en el «Brazil» cuando ocurrió el accidente, me ha hablado del admirable dominio de sí mismo que desplegó en unos momentos difíciles en que todo se ponía en contra suya. Como ha dicho muy bien mi hija Ruth, espero que seremos buenos amigos.

Permanecieron hablando durante un rato, y al despedirse, Joan, que no había apartado los ojos de Ruth durante todo el rato, le dijo con una expresión extraña:

—Adiós, señorita. Espero verla a mi regreso. ¿No me envidia usted por tener la suerte de hacer este viaje con mi marido?

—Casi diría que sí — repuso Ruth sin perder la calma.

Johnny, el piloto que había evitado que Marlowe fuese herido por el maquinista al originarse el motín de a bordo, había asistido también a la encuesta en calidad de testigo,

declarando, como es lógico, en favor del capitán. Marlowe, que le había distinguido siempre de un modo particularísimo, le presentó también a su mujercita. La acogida que ésta le hizo fué mucho más cordial que la que había hecho a Ruth, tan cordial, que al enterarse de que el joven no tenía a nadie en la ciudad y tenía que permanecer en ella hasta que el «Brazil» fuera reparado, sugirió la idea de que fuera a vivir con ellos. Marlowe aceptó encantado y en cuanto a Johnny sintió que se abría para él la puerta del paraíso. Estimaba muchísimo a Marlowe y por él habría sido capaz de todo. Verdaderamente aquel hombre honrado y noble, amante de su profesión, dispuesto siempre a tender la mano al que lo necesitase, era digno del aprecio que le profesaban todos sus compañeros de carrera.

Salieron juntos en dirección a la casa del marino. Una vez allí, Joan se dispuso a ejercer sus artes culinarias, que Marlowe ya se había apresurado a elogiar anticipadamente.

Marlowe amaba entrañablemente a su mujer. Era el suyo un amor sincero y hondo, un amor de hombre maduro, no menos ardiente y apasionado que el de un hombre joven. Su Joan constituía todo en el mundo. El mar era el único rival de la joven esposa, y éste, después de una temporada más o menos larga de retenerlo junto a sí, se lo devolvía a sus brazos más enamorado aún, al final de un período de separación en el que su pasión hacia ella no había hecho otra cosa que acrecentarse.

Dentro de la relativa modestia en que se veían obligados a vivir, Marlowe le había puesto a su flamante mujercita una casa que era un verdadero encanto. Todo le parecía poco para ella. Aquel hombre fuerte y temible, capaz de derribar a otro de un solo puñetazo, tenía para Joan delicadezas de niño.

Antes de cenar se imponían los cocktails. Joan les preparó uno exquisito, y cuando Johnny se disponía a escanciar un vaso para ella, Marlowe le dijo:

—No, mi mujer no bebe. Como tú podrás ver, es un verdadero tesoro. No tiene vicio alguno.

Estaban en la cocina. Joan había terminado de arreglar la fuente, y se disponía a llevarla al comedor. Marlowe y Johnny pasaron adelante. Marlowe salió el primero, y Johnny, al llegar a la puerta, se volvió hacia Joan. Su asombro no tuvo límites al ver que aquella mujercita que según la opinión de su marido no tenía vicio alguno, acababa de verter el

contenido de la coctelera en una copa y se la bebía de un solo trago. No dijo nada, pero pensó que a veces los hombres fuertes y rudos tienen una candidez infantil.

Habían decidido que para aprovechar el tiempo que permanecería el joven en la casa, Marlowe le daría lecciones de navegación. Así lo hicieron, pero el marino, hombre de mar cien por cien, para quien su profesión estaba por encima de todo, tomó tan al pie de la letra aquel acuerdo, que aquella misma noche, durante la hora de la cena, y más tarde, y a media noche en la terraza, y hasta en la cama donde fué a refugiarse el atribulado Johnny, le dió tantas y tan eficaces lecciones, que éste habría podido acto seguido hacerse cargo del vapor «Normandie», sin temor a que los pasajeros tuvieran que lamentarlo. Fué la primera vez desde que estaban casados, que Marlowe olvidó un poco a su mujercita para dedicar su atención a otra persona. Y a fe que ésta lo sintió, lo sintió doblemente a juzgar por las miradas penetrantes y sostenidas que dirigía a Johnny, y que éste trataba de evadir, presa de una extraña inquietud y desasosiego. Lo cierto es que desde el primer momento en que se habían hecho las presentaciones, Joan se había dado a mirarle fijamente con aquellos ojos suyos tan irresistiblemente seductores, de pupilas verdes, orlados por largas pestañas, y que el rimmel sabiamente administrado hacía más profundos y atrayentes...

Transcurrió una semana. Johnny seguía tomando lecciones de navegación con su esforzado maestro. Joan seguía en la misma actitud del primer día, mejor dicho, la había modificado en el sentido de que cada día sus miradas se hacían más penetrantes y ¿por qué no decirlo? más provocativas. El joven piloto no sabía qué pensar de la actitud de aquella mujer que Marlowe ponía en un lugar tan alto y que no obstante, él habría jurado que estaba mucho más a ras de tierra, tanto, que bastaba con alargar una sola mano para cogerla... Sin embargo, no quería formar un juicio definitivo hasta que los acontecimientos vinieron a facilitarle su tarea.

Johnny tenía que sufrir unos exámenes — los últimos de su carrera — para los cuales le había estado preparando Marlowe. Al mismo tiempo, Joan se estaba preparando también para el viaje que tenía que emprender con su marido a bordo del «Brazil». Gastaba sin tasa ni medida sin que su marido, demasiado enamorado para imponérsele, se atreviera a llamarla al orden.

El día de los exámenes, la mujer de Marlowe regresó a

casa más cargada de paquetes que de costumbre. Había comprado media tienda. Encontró en casa a Joe, el primer maquinista del «Brazil», que había ido a ver a Marlowe y que sin duda para entretener la larga espera, se había dedicado a la tarea de componer el reloj de cuco del recibidor, con tan buena fortuna como siempre. Después del arreglo de Joe, el pobre cuco parecía atacado de una extraña fiebre de exhibición y salía cada cinco minutos a cantar su consabido «cu-cu», «cu-cu» en lugar de hacerlo cada cuarto de hora como era lo corriente. La culpa de ello la tenía el resorte que Joe había colocado mal y que le obligaba a sacar la cabeza por la ventanilla con mucha más frecuencia que de ordinario. ¡Y si fuera esto solo! Las piezas que sobraban al reloj después de la «compostura» eran tantas, que Joe sintió casi vergüenza de mostrarlas y optó por metérselas en el bolsillo. Desde aquel día los habitantes de aquella casa ya sabían que tendrían que recurrir a otro reloj si querían llegar a tiempo a alguna parte.

Joe se fué pronto al enterarse de que Marlowe tardaría mucho en llegar, porque había tenido que ir a la casa armadora, requerido por un aviso urgente. Joan quedó un momento sola. Subió a su habitación, empezó a desenvolver paquetes, se sacó el vestido, y se probó una bata último modelo que acababa de adquirir por un precio muy superior al que sus medios se lo permitían, y en aquel momento oyó la voz de Johnny que entraba gritando alegremente: —¡Ah de la casa! ¿No hay nadie aquí? Traigo una buena noticia.

Joan se acercó al tocador, empolvó rápidamente su rostro, y salió al encuentro de Johnny. El joven venía muy contento porque había sido aprobado en los exámenes, mereciendo además una mención honorífica de parte del jurado.

—Todo esto se lo debo a su marido — comentó al darle la noticia a Joan.

—¿Y a mí, a mí no me debe usted nada? — inquirió ella acercándosele con aire insinuante.

Llevaba la bata que se estaba probando cuando Johnny entró en la casa. Era una prenda de crespón finísimo, que hacía algo más que insinuar las líneas de su cuerpo. Estaba realmente tentadora con aquel atuendo, pero Johnny no pareció darse cuenta de ello.

Viendo que la pregunta quedaba sin respuesta, Joan optó por no insistir. Cogió al joven del brazo y lo atrajo a su dormitorio, con el pretexto de que viera todas las cosas que había comprado últimamente.

Un instante después, Johnny, que no era un chiquillo inexperto ni mucho menos, se había convencido de lo que había estado sospechando desde el primer momento en que vio a Joan. La mujer de Marlowe no era lo que el bravo y noble marino suponía. Contrariamente a su creencia, Joan tenía todos los vicios y ninguna virtud. Su coquetería iba más allá, mucho más allá de lo que puede ir la inocente coquetería de una mujer decente. Era, en suma, una mujer cualquiera, a quien el azar había colocado en el camino de la vida de Marlowe, enamorándolo y cegándolo hasta el punto de no dejarle ver la criatura despreciable que se ocultaba detrás de aquella belleza y de aquella juventud tentadoras. Se había encaprichado con Johnny como se habría encaprichado con cualquier otro hombre a quien Marlowe hubiera traído a su casa, porque era de estas mujeres que no pueden vivir honradamente, sin engaños y aventuras. La actitud correcta y casi fría del joven, la había hecho perder los estribos. No eran ya las palabras melosas, las miradas lánguidas e insinuantes, sino el ofrecimiento liso y llano, sin atenuantes ni disimulos. Pues bien, Johnny no la aceptaba. No quería aceptar a aquella mujer que pertenecía al hombre que más admiraba y quería. Ella no era acreedora a ningún respeto, pero él, en cambio, los merecía todos.

Con un gesto brusco, casi brutal, la apartó de su lado. Y al ver que ella le miraba entre sorprendida e indignada, como si no quisiera creer lo que estaba viendo, le dijo con tono de desprecio:

—Marlowe la adora y usted... usted... procure que no la sorprenda nunca, porque sería una desgracia irreparable. Por lo menos, guarde las apariencias.

Y como ella, perdida ya toda noción de dignidad, insistiera todavía, le dio un empujón tan violento que casi la hizo caer al suelo, y salió seguidamente del cuarto.

En aquel momento entraba Marlowe en la casa. Johnny corrió a su encuentro. Había conseguido dominar el nerviosismo y el desagrado que le había producido la escena con Joan, y sólo se acordaba ahora del buen resultado de los exámenes y de la alegría que iba a proporcionarle a Marlowe la noticia de que había sido aprobado.

Se apresuró, pues, a comunicárselo, pero con gran sorpresa suya, Marlowe, después de haberle felicitado cariñosamente, permaneció unos momentos triste y silencioso.

—¿Qué pasa, Marlowe? ¿Ha sucedido algo?

—Mi buen Johnny — repuso Marlowe sonriendo. — Sucede que me he pasado nueve años viajando de primer oficial y soñando en el momento de poder ocupar el puesto de capitán. Ahora que mi sueño empezaba a verse realizado, se desvanece todo en un momento.

—¿Qué quiere usted decir, Marlowe?

—La casa armadora me mandó a buscar esta mañana. Fui y... tengo el sentimiento de comunicarte que no soy ya el capitán del «Brazil».

—¿Cómo?

—Parece ser que se ha comprobado que el incendio no fué por combustión espontánea sino provocado por un barril de pólvora y... y me achacan la culpa a mí. Me dejan en tierra y a tí también. Lo siento por mí, pero lo siento todavía más por tí...

—Oh, señor Marlowe, no diga usted esto. No pueden cometer esta injusticia. Usted debe defenderse.

—¿Defenderme? ¿Por qué? Tengo la conciencia limpia, completamente limpia y no daré ni un paso para justificarme.

Se volvió hacia su mujer que había escuchado en silencio y le dijo tristemente, acariciando su barbilla:

—En cuanto a tí, Joan, tendrás que renunciar a tu proyectado viaje. Lo siento en el alma, querida, porque sé cuánta ilusión te hacía.

Joan se mordió los labios con rabia. La escena anterior con Johnny la había puesto de un humor de mil diablos, y ahora se disponía a descargar su ira contra su infeliz marido.

—De modo que ya no te dan el mando del buque...

—Así parece.

—¡Y para esto he hecho tanto gasto! Podrías haberme dicho antes que no tenías la seguridad de embarcar.

—Pero Joan, si yo no lo sabía...

—¡Oh, calla, calla! ¡No me hables! ¡No me digas nada!

—Pero...

—¡¡Calla te digo! ¡No quiero oírte! ¡Oh, qué rabia, qué rabia!

Dió media vuelta y se metió en su cuarto, cerrando violentamente la puerta. Johnny y Marlowe se quedaron unos instantes silenciosos y violentos. Al fin, el primero rompió el silencio para decirle:

—Lo siento, Marlowe; lo siento doblemente por usted y por ella. En cuanto a mí, no se preocupe. Mi única ilusión era viajar con usted. Si tuviera que embarcar en el «Brazil» sin usted de capitán, renunciaría a mi puesto.

Marlowe le tendió la mano sin decir nada. Las palabras de Johnny le habían conmovido profundamente. La adhesión incondicional del amigo después de la ingratitud de que acababa de ser víctima, era para él un motivo de consuelo. Sus ojos se fijaron en un cuadro colgado en la pared. Era un marco conteniendo un pergamino regalado por los «pasajeros agradecidos» del «Brazil», en ocasión de aquel viaje memorable en el que su sangre fría y su decisión habían evitado la catástrofe que para ellos habría representado el abandono de la nave. En aquel pergamino firmaban todos, menos el accionista recalcitrante que había probado la fuerza de sus puños. Este era seguramente el que había trabajado en la sombra para quitarle el nombramiento de capitán, que los propietarios del barco le habían prometido. ¡Vivir para ver! se dijo a sí mismo el marino. Y cuando Johnny se hubo despedido, se dirigió al cuarto de su esposa para intentar tener una explicación con ella. Pero aquel hombre fuerte y valeroso, se sentía absurdamente tímido ante su mujer. Habría desafiado gustoso un tifón en el mar de la China con tal de no tener que enfrentarse con ella y oír sus gritos de protesta y sus injustas acusaciones. Renunció pues a verla y hundiéndose en un sillón, se abismó en la lectura de un libro, en espera de que amainase la tempestad y la tormenta acabara de descargar en el cuarto de Joan.

CAPITULO III

No conocían a Marlowe los que suponían que el marino se daría por vencido y renunciaría a la lucha por la obtención de un puesto en un barco. Era hombre de mar por excelencia, y en tierra habría sido imposible hacer nada de provecho. El «Brazil» no era el único barco que cruzaba los mares, ni la Compañía a que éste pertenecía, la única que podía aceptarle. El puñetazo dado en el rostro del pasajero del «Brazil» había repercutido contra él, porque aquel hombre despedido había conseguido desacreditarle, pero él rehabilitaría su nombre, aunque para ello tuviera que embarcar en un barco de vela y hacer con él la travesía del Atlántico.

El Sindicato de Marineros se hallaba aquella noche más concurrido que de ordinario. Toda la gente de mar que se hallaba sin trabajo, se había dado cita en él. Fogoneros, maquinistas,

camareros, marineros, a la pesca de algún barco que quisiera contratarles para hacerse a la mar cuanto antes.

En una de las mesas, se hallaban unos cuantos ex maquinistas del «Brazil», que también estaban en paro forzoso. Comen- taban el incidente del incendio, y uno de ellos — el maquinista que también había probado la fuerza de los puños de Marlowe — se alegraba de lo que le había sucedido a éste.

—Así aprenderá a tener menos orgullo. Quisiera poder devolverle el puñetazo que me dió.

En otra mesa, un par de viejos lobos de mar, escuchaban tranquilamente la radio, mientras remojaban el gaznate con un poco de cerveza. De pronto el aparato empezó a emitir unos sonidos estridentes que sin duda alguna eran completamente ajenos a todas las emisoras de radio que en aquel momento lanzaban sus ondas al mundo. Los dos viejos oisquearon el aire y uno de ellos dijo:

Joe debe estar andando en la radio. No cabe duda.

En efecto, Joe, que también se hallaba en paro forzoso desde el accidente del «Brazil», estaba distrayendo sus ocios de la manera que a él le resultaba más grata. Esta vez le había tocado el turno al pobre aparato de radio del Sindicato, y si Dios no acudía a poner remedio, el artefacto no volvería a levantar jamás la cabeza. Así lo comprendieron los dos viejos compañeros de Joe, quienes decidieron acudir inmediatamente en socorro de la víctima, antes de que fuera demasiado tarde y las manos destructoras de Joe hubieran acabado con él.

Sorprendieron al ex primer maquinista, completamente «in fraganti», intentando colocar una de aquellas innumerables piezas que le sobran siempre que él metía mano en algo. Precisamente en aquel momento estaba rezongando contra los constructores de aparatos y su funesta manía de meter en ellos tantas piezas inútiles. Pero he aquí que sus indiscretos amigos venían a amargarle la fiesta echándole en cara su falta de pericia. ¡Hasta tuvieron la desfachatez de decirle que no le llamaba Dios por aquellos caminos, insinuándole de paso la conveniencia de que se largara y se retirara a una granja a cuidar gallinas! Joe, ofendidísimo iba a contestarles como se merecían, cuando la radio, sin duda para unir su protesta a la de él, volvió a lanzar unos sonidos tan estridentes y fuera de lugar, que los dos amigos de Joe se apresuraron a tomar las de Villadiego, dejando a Joe ocupado de nuevo en la tarea de enmendar los yerros ajenos. En adelante los miembros del

Sindicato podían tener la seguridad de que la radio de la casa andaría como una seda.

En una de las dependencias del local, se habían reunido dos hombres muy conocidos de la gente de mar de aquel puerto. Uno de ellos se llamaba Heggan, y era armador, el otro se llamaba Mack Kie, y en otros tiempos había sido un marino muy apreciado pero el vicio de la bebida le había echado a perder completamente. Ahora no había quien quisiera darle un puesto en ningún barco.

Aquel par de hombres habían ido a refugiarse a una de las habitaciones más apartadas del local porque tenían algo muy grave y muy íntimo que discutir. En una palabra, tenían entre manos un negocio turbio, el eterno negocio del vapor que conviene se pierda en alta mar, para cobrar el seguro. Se trataba de un vapor de poco tonelaje, destinado a la carga, y que debía hacer un viaje a Valparaíso.

—Tengo ya los maquinistas y los fogoneros reclutados — hizo observar Mack Kie. —Ahora nos hacen falta un capitán y un piloto. Yo iré de primer oficial.

—Precisamente por esto he llamado a Marlowe. Después de lo ocurrido con el «Brazil» y el escándalo que se ha dado últimamente acusándole de haber promovido el incendio, no creo que se atreva a picar demasiado alto. En todo caso nada se pierde por probar. En cuanto al piloto puede ser su inseparable amigo y discípulo Johnny. El estará encantado de viajar con Marlowe. Ellos, desde luego, lo ignorarán todo. Tú y Bill os encargaréis de hacer el trabajo... Un día antes de llegar a Valparaíso provocaréis una vía de agua... El resto se hará solo.

—¿Y mi dinero?

—Cobrarás la mitad ahora y el resto el día en que termines la faena.

En aquel momento llamaron a la puerta. Eran Marlowe y Johnny, que acudían a la cita que les había dado Heggan.

Marlowe aceptó en principio y lo mismo hizo Johnny. Sólo al repasar la lista de los tripulantes que habrían de acompañarles, el primero rechazó el nombre de uno. Era el maquinista que a bordo del «Brazil» se había insolentado con él y había probado la fuerza de su puño.

—No quiero a este hombre — arguyó.

—Pero es que ahora va a ser difícil encontrar un primer maquinista.

—No quiero a este hombre, he dicho. Si él va a bordo, yo

renuncio. No quiero provocadores a bordo. En cuanto a encontrar primer maquinista, aquí está Joe.

Se volvió hacia Mack:

—Y tú tendrás que procurar no beber durante la travesía, de lo contrario...

—No te quejarás de mí, Marlowe — repuso el interpelado con entonación ambigua.

Marlowe aceptaba el puesto de capitán de aquel barco porque comprendía que en las circunstancias en que se encontraba le sería difícil encontrar otra cosa mejor. Había que vivir, era preciso ganar dinero para seguir manteniendo el tren de vida que le había impuesto Joan. Aquel viaje a Valparaíso le ofrecía la oportunidad de ganarlo. Poco podía imaginar la traición que acechaba detrás de aquellas tentadoras ofertas que aquel par de granujas acababan de hacerle. Si ella se consumaba y Marlowe salía con vida, otro manchón negro caería sobre su carrera, arruinándole definitivamente.

Salleron al bar para que Marlowe revisase los individuos de la tripulación que habían escogido. Empezaron a cantar los nombres y uno a uno se fueron levantando y formando frente al que desde aquel momento debían obediencia y acatamiento. Cuando le tocó el turno al maquinista del «Brazil», éste se levantó también, pero Marlowe lo rechazó con un gesto de desprecio:

—Este no viene con nosotros. Ya os lo he dicho.

Y entonces el «valiente», que había deseado tanto devolverle el puñetazo, se insolentó con Marlowe, y con voz que el aguardiente hacía ronca y desagradable, le apostrofó:

—Es que le recuerdo cosas que quería olvidar, ¿no es cierto? Por ejemplo, el incendio del «Brazil».

Por segunda vez sus fuertes mandíbulas entraron en contacto con los puños de Marlowe, y por segunda vez aquel coloso, alto y fuerte como un gigante, cayó desplomado al suelo, mientras sus compañeros miraban a su futuro capitán con una expresión de miedo y de admiración al mismo tiempo, prometiéndose en su fuero interno no tener ninguna palabra con él mientras la fuerza de su puño tuviera un poder de persuasión tan fulminante.

En cuanto a Joe, aceptó encantado la idea de substituir al caído, pero Marlowe se ocupó de hacerle prometer que no intentaría desmontar ninguna máquina del barco que iban a confiarle...

CAPÍTULO IV

Marlowe decidió que Joan le acompañaría en el viaje. La joven esposa del marino no le habría perdonado que no la llevase y él, siempre dispuesto a complacerla, impuso esta condición al armador, que no puso objeción alguna. Irían pues a Valparaíso, y allí en aquella hermosa ciudad chilena, podría ella lucir todos aquellos vestidos, sombreros, zapatos y... deshabillés que había adquirido. No era ciertamente como viajar en el «Queen Mary», pero tendría un buen camarote, un vapor entero a su disposición, un marido amante... y estaría junto a Johnny durante muchos días. Esta era la idea que más le seducía. Desde el día en que el joven piloto la había rechazado rotunda y abiertamente, mostrándose casi brutal con ella, la despechada esposa de Marlowe no tenía más que una idea. Seducirle, quebrar aquella voluntad de acero que no se rendía a su capricho, que tenía la desfachatez de rechazar el regalo de su belleza que ella le había ofrecido. Sería el primer hombre que resistiese a sus encantos. Y esto no podía tolerarlo aquella mujer a quien los hombres la habían acostumbrado a considerarse irresistible.

La noche antes de la partida del barco, Marlowe invitó a Ruth y a su padre a una cena de despedida en un restaurant, a la que acudirían también en calidad de invitados Johnny y Duff.

Joan se sentó al lado de este último, mientras que Ruth ocupó el asiento vecino a Marlowe. Ambas mujeres tenían, pues, motivos sobrados para mostrarse satisfechas, pero como pertenecían a distintas categorías sociales y morales, forzosamente tenían que expresarlo de muy distinta manera. La alegría de Ruth era contenida, íntima, profunda. Era una satisfacción puramente espiritual que le producía el hecho de hallarse junto al hombre amado, al que veía muy raras veces desde que se había casado, oír su voz, mirarlo furtivamente cuando los ojos de él estaban fijos en otro lado, satisfacción de oírle contar sus proyectos y sus esperanzas, de oírle recordar los tiempos en que él y su padre viajaron juntos. Joan, en cambio... ¡Ah, Joan había perdido todo control y sólo un hombre tan ciegamente enamorado como Marlowe podía dejar de verlo. Su ansia de seducir a Johnny se traslucía en todo, en sus miradas, en sus gestos, en sus palabras, en el modo insinuante que tenía de invitarle a bailar a cada momento. Y

como el pobre Johnny ni podía negarse y a fuer de hombre galán tenía que enlazarla por el talle y mezclarse a las demás parejas que bailaban en la pieza encerrada, Joan aprovechaba aquella oportunidad para acercarse más y más a él, para meterle por los ojos su belleza incitante, para marearle con su perfume y con la mirada de aquellos ojos magníficos y prometedores.

Pero Johnny no perdía la brújula. ¿Acaso no quería ser un buen marino? Muy al contrario, se sentía más dueño de sí que nunca. Y la expresión de sus ojos al contemplar aquella mujer de la que tenía formado un concepto tan bajo decía bien a las claras la adversión y el desprecio que ella le inspiraba.

Aquel juego se prolongó mucho rato. Era un suplicio de Tántalo que Johnny soportó heroicamente y que al fin de la velada le pareció más difícil de capear que un temporal en pleno océano, pero como todo tiene su fin en este mundo, también sonó para él la hora de la liberación. Había llegado el momento de personarse en el barco, que zarpaba a media noche, y por lo tanto, había llegado también la hora de dar una tregua a aquel juego, que a él no le cabía la menor duda se repetiría a bordo. Estaba dispuesto a seguir resistiendo, pero no dejaba de inquietarle la actitud de Joan.

Joe, que les había estado acompañando hasta poco rato antes, había desaparecido misteriosamente. Se hallaba en la cabina del teléfono, dedicado a la tarea de componerlo. Al pasar frente a ella había divisado un cartelito anunciador de que el aparato no funcionaba por haberse estropeado, y se dispuso a ser útil a la clientela del restaurant, componiéndolo antes de que llegasen los hombres de la Compañía encargados de hacerlo.

Joan y Ruth quedaron un momento a solas en la mesa, mientras los hombres salían en busca de Joe. La mujer de Marlowe había adivinado lo que pasaba en el corazón de Ruth. Ella no quería a su marido, pero no podía perdonar ni tolerar que otra le amara aunque fuera en silencio y abnegadamente. Quería zaherirla y no encontró otro medio mejor para hacerlo que demostrarle que había adivinado su secreto. Interrumpió unos instantes la tarea de empolvase la nariz, para contemplar a Ruth con ojos agresivos y decirle con expresión burlona:

—Señorita Ruth, está usted enamorada de mi marido, ¿no es cierto? Lo siento mucho, muchísimo... por usted.

Hubo una corta pausa. Las dos mujeres se miraron frente

a frente. Los ojos de Joan brillaban con un brillo de malicia y de rabia. Los de Ruth, por el contrario, tenían una expresión serena. Fué con esta misma expresión que se reflejaba en sus pupilas, que Ruth contestó las palabras mal intencionadas de Joan.

—Y por lo que veo, usted no quiere a su marido, ¿verdad? Lo siento por él, digo mal, lo siento... por usted.

No dijo más. En aquel momento llegaban Marlowe, Johnny y el prófugo a quien habían capturado en la cabina telefónica. Un instante después salían todos del local.

Ruth y su padre acompañaron a los viajeros al muelle. Los ojos de la joven estaban llenos de lágrimas al despedirse de Marlowe. Afortunadamente, la luz era escasa y éste no pudo reparar en ello. Padre e hija se despidieron efusivamente del amigo entrañable, deseándole buena suerte y un feliz y pronto progreso. Joan seguía con la expresión burlona, pero la actitud digna y altanera de Ruth le cerraba la boca impidiéndola decirle nada que pudiera ofenderla. Estaba loca de contento. ¡Por fin iba a realizar su sueño de viajar en barco! Y luego... en aquel luego estaba comprendido el asedio de Johnny. La plaza era fuerte, pero fortalezas más grandes habían claudicado ante la poderosa arma de su belleza. Es cierto que el joven tenía una voluntad de acero y el acero no se rompe, pero se doblega.

Los primeros días de navegación transcurrieron sin incidentes de ninguna clase. El mar estaba en absoluta calma, y no se veía ni una nube en el cielo intensamente azul. El barco surcaba las aguas mansamente, con un suave vaivén casi imperceptible. Esta circunstancia hizo que Joan no tuviera que experimentar el terrible mareo y pudiera corretear de un extremo a otro del buque las horas que su marido no podía estar con ella, que eran muchas. Johnny habría preferido lo contrario, habría querido que se marease hasta no poder salir del camarote, pero no era cosa de pedirle a los elementos que se desencadenasen y provocaran una tormenta con el único fin de complacerle a él y librarle del continuo y persistente asedio de la bella.

Por cierto que Marlowe le había encargado que hiciera sus primeros cálculos de navegación. El joven había puesto manos a la obra con gran entusiasmo, pero una cosa es la teoría y otra es la práctica, o tal vez fuera que la persecución de que estaba siendo víctima hubiera embotado sus facultades, lo cierto es que cuando el joven, satisfecho y orgulloso de sus primeros trabajos, fué a mostrárselos a Marlowe, éste, después

de haberlos revisado cuidadosamente, se echó a reír con toda su alma.

—¿Qué sucede, maestro? No dirá que están mal. Tengo la seguridad de no haberme equivocado — arguyó Johnny, extrañado al ver la explosión de hilaridad que ellos habían provocado en el capitán.

—Pues si no llegas a tener la seguridad, no sé lo que ocurre — repuso Marlowe, sin dejar de reír.

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿Quieres saber por dónde estamos navegando ahora según tus cálculos?

—¿Por dónde?

—Pues por los mismísimos Alpes!

El error de cálculo resultaba tan cómico que hasta el mismo Johnny no pudo menos de reírse con toda su alma.

Mientras esto sucedía en el puente de mando, Joan, que se estaba paseando tranquilamente por cubierta, tuvo un encuentro harto desagradable. Uno de los marineros de la tripulación, que no la había visto hasta entonces, tropezó con ella en una escalera y se la quedó mirando unos instantes en silencio, frunciendo el entrecejo, como si quisiera recordar algo. De pronto soltó una sonora carcajada y...

—¡Betty! ¡Betty la Tanquista! — exclamó. — ¡Tú por aquí!

La supuesta Betty se mordió los labios. Una chispa de rabia brilló en sus ojos azul oscuro. Miró al atrevido como si quisiera fulminarle, y adoptando el aire más digno que le era posible adoptar, contestó ofendida:

—¿Qué está usted diciendo?

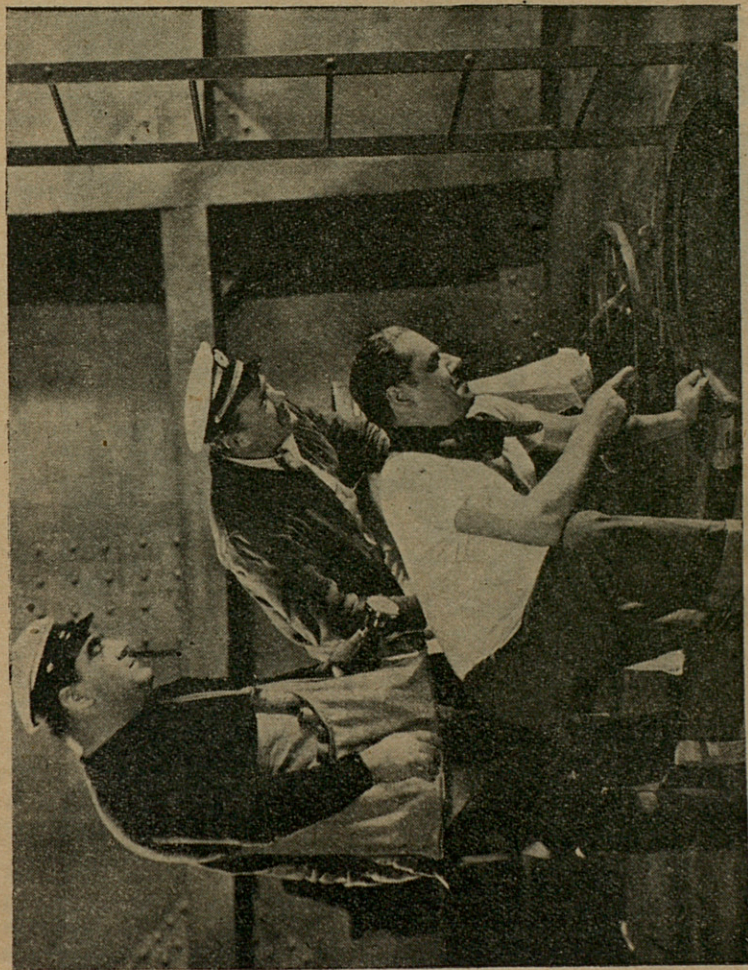
—No trates de disimular. Tú eres Betty la Tanquista, te recuerdo perfectamente — se obstinó en afirmar el marinero.

—Está usted en un error. Yo no soy Betty la Tanquista ni le conozco a usted, porque esta es la primera vez que le veo. Haga el favor de retirarse y no seguir molestándome si no quiere que se lo diga a mi marido, el capitán Marlowe.

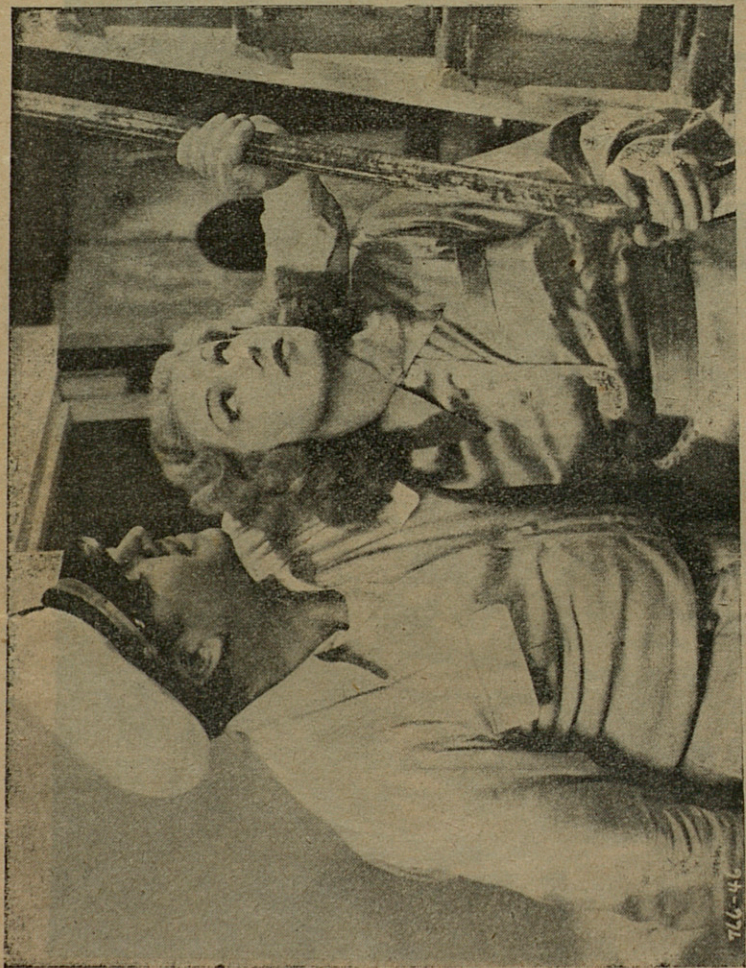
El marinero hizo un gesto socarrón. Enmudeció porque comprendió que no le quedaba otro remedio, pero nadie le quitaba de la cabeza que aquella espléndida rubia que acababa de ver y que sin duda alguna era la esposa del capitán, había sido antes la Betty que él acababa de nombrar. ¡Ya lo creo que lo era! Su rostro era inconfundible.

—¿Estás tú seguro de que es la misma mujer?

—¿Seguro? Tan seguro que me dejaría cortar la mano de-



... y destapando la escotilla, pudieron comprobar...



Sus miradas se concentraron en la parte superior de la escalera.

recha para afirmarlo. Es Betty la Tanquista, una mujer a quien conocí en un cabaret de Brooklyn el año pasado. Pues no tenía poco éxito entre los marineros... Y pensar que ahora es la mujer del capitán. ¡Ja, ja, ja...!

Era cierto lo que tan rotundamente afirmaba el joven marinero. Joan, la mujer de Marlowe, tenía un pasado turbio, que el marido ignoraba, porque ella se había preocupado de ocultárselo, sin pensar que casi siempre el pasado vuelve implacable a recordarnos lo que fué, y que nunca, nunca podrá borrarse enteramente.

Aquella misma noche Joan dió sobrados motivos para hacer creer que en efecto el marinero no se había equivocado, y que ella era mucho más digna de llamarse Betty la Tanquista que llevar el apellido inmaculado de Marlowe, y ser la esposa honorable de un hombre honrado y noble.

Sucedió que Johnny estaba de guardia en el puente de mando. Joan lo supo y se dispuso a entablar la batalla definitiva para la conquista de aquel hombre que hasta el momento se le había resistido.

Hasta aquel rincón del barco fué a buscarlo la tentación en forma de mujer. Johnny al verla entrar inició casi instintivamente un movimiento de retroceso. Aquella especie de lucha le tenía asqueado y aburrido. De buena gana habría cogido a aquella mujer en vilo y la habría echado por la borda. No importaba que el mar se tragase aquel cuerpo joven y bellísimo, con tal de que él quedara libre de ella y también Marlowe. Pero no hizo nada. Ni huyó ni se deshizo de ella del modo violento que deseaba. Quedó clavado en el sitio, como un alélado, y Joan se le acercó, pasó su brazo alrededor de su cuello, melosa y felina como una gata. Johnny la apartó brutalmente y le dijo con acento de reproche:

—¿Por qué se obstina usted en perseguirme? Marlowe la descubrirá un día y entonces...

—¿Y tú por qué te obstinas en huir de mí? ¿No sabes que te quiero? Sí, sí, que te quiero como no he querido nunca a ningún otro hombre?

Aquello no era cierto, pero Joan era una consumada maestra en el arte de la mentira. Sus palabras, empero, no consiguieron conmover a aquel hombre de granito, que persistió en apartarse de ella. Joan no cedió, se acercó de nuevo, volvió a pasar sus brazos alrededor del cuello del desdenoso, le obligó a volverse hacia ella, le miró fijamente, con sus ojos bellí-

simos. Johnny siguió rechazándola, pero cada vez más débilmente. Hasta que los labios de ella estuvieron tan cerca, tan cerca de los suyos, que no tuvo que hacer otra cosa que inclinarse y sus rostros se juntaron. Fué un beso instintivo, casi inconsciente, pero fué bastante para que Joan se diera cuenta de que aquel hombre había claudicado por fin, y empezaba a ser el juguete de sus deseos...

Johnny estaba de espaldas a la escalerilla que conducía al puente. Esto hizo que no viera a Marlowe que en aquel momento se disponía a subir. Joan sí lo vió, sus ojos de gata descubrieron la robusta figura de su marido al pie de la escalera y cambiando bruscamente de actitud hizo un esfuerzo para desasirse de los brazos de Johnny, que la aprisionaban, al fin, casi contra su voluntad.

Y cuando Marlowe se encontró ante ellos, Betty la Tanguista, se había convertido de nuevo en la honorable esposa de un hombre honrado, y decía al pobre Johnny, que no acababa de salir de su asombro:

—¡Suélteme usted, suélteme usted o grito. Habráse visto atrevimiento semejante...

Antes de que el joven tuviera tiempo de reaccionar y adoptar la actitud que convenía, ya el puño de Marlowe había descargado sobre él, golpeándole brutalmente el rostro. El agredido cayó al suelo, pero se levantó enseguida. Era hombre fuerte y habría podido repeler la agresión, pero ni remotamente pensó en hacerlo. Se limitó a bajar la cabeza en silencio, y con aquella actitud humilde se echó la culpa sobre sí mismo. Era lo único que podía hacer en aras de la amistad que le unía a Marlowe. La verdad habría sido demasiado dura para aquel hombre ciegamente enamorado de una mujer despreciable.

Johnny, repuesto ya del golpe recibido, volvió a su puesto de mando, mientras Marlowe se llevaba a su mujer. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que Johnny no pudiera oír, ésta le dijo a su marido con el aire más inocente y meloso del mundo:

—No te enojes con Johnny, querido. Siempre había sido correctísimo conmigo. No sé lo que le habrá sucedido esta noche. Será el influjo del mar... Todos se vuelven atrevidos a bordo...

—No hablemos más de ello — se limitó a responder Marlowe con expresión de disgusto.

CAPITULO V

Y llegó por fin el día en que Mack Kie y su cómplice y único cómplice del barco pusieran manos a la obra. Fácil le fué al segundo descender a la bodega del buque y realizar su faena de modo que la vía de agua quedara abierta y por ella empezara a entrar el agua traidora. Lo tenían todo planeado: a media noche los dos cómplices echarían un bote al agua y abandonarían el barco. Si el resto de la tripulación lograba salvarse, mejor para ella, si no...

Pero alguien a bordo se dió cuenta de que sucedía algo anómalo. Este hombre privilegiado, el primero en apercibirse de la avería, fué nuestro viejo amigo Joe, que hasta aquel momento no había cometido ninguna travesura digna de mención. Joe se apresuró a hablar a Marlowe a través del tubo acústico y éste encomendó a Johnny que descendiera a ver lo que sucedía. Así lo hizo, pero tuvo la mala fortuna de escoger para que le acompañara al mismísimo causante del accidente.

Descendieron a las entrañas del buque. El agua les llegaba ya hasta la rodilla. Johnny examinó el lugar por donde se había producido la vía de agua, que entraba a borbotones, y encontró algo que le sorprendió vivamente. Volvióse hacia su acompañante y mostrándole una cosa que había recogido y que tenía en la mano, le dijo:

—Alguien cortó los roblones. Las planchas están sueltas...

Permaneció unos momentos perplejo, sin saber qué hacer ni qué decir. No podía comprender cómo se había producido aquel hecho, y tal vez una sombra de sospecha pasó por su mente, pero su acompañante no le dió tiempo para concretarla, porque descargó un terrible golpe sobre la cabeza de Johnny con una llave inglesa que tenía en la mano. El agredido perdió el conocimiento al instante, y quedó apoyado contra la pared, con más de la mitad del cuerpo sumergido en el agua. El criminal huyó, presa de pánico, pero a medio camino se encontró con Marlowe que descendía a la bodega para ver personalmente lo que sucedía. No tuvo más remedio que retroceder y acompañarlo hasta allí. Al descender la escalerilla y ver el cuerpo exánime de Johnny, lo comprendió todo. Volvióse hacia su acompañante y le dijo escuetamente:

—Si Johnny muere, alguien irá a la horca.

Aquello le perdió. Antes de que pudiera darse cuenta de

las intenciones del individuo ya él le había encerrado en aquella raonera. Estaban a merced de él y no había cuidado de que dijera dónde se encontraban... Era inútil gritar pidiendo socorro, porque no sería oído. Cogió el cuerpo exánime de Johnny y lo sostuvo con uno de sus nervudos brazos, mientras con el otro agarraba fuertemente a la escalerilla de ascenso, de manera que el agua que iba subiendo de nivel de una manera alarmante, no llegara a ahogarles.

Y entonces sucedió algo inesperado. Mack Kie sintió despertar dentro de sí un sentimiento que creía muerto para siempre. El de su honor de marino, el de su conciencia profesional. Y como no había tiempo que perder en la busca de su cómplice para obligarle a abrir la compuerta por la cual habían descendido a la bodega, decidió intentar un remedio heroico. El tiempo apremiaba. Unos minutos más y aquel par de hombres encerrados allí dentro morirían sin remedio.

—Hemos de procurar reventar esta otra puerta que comunica con la bodega — advirtió a los demás tripulantes que habían quedado allí — Una cuerda, enseguida, atadme una cuerda al cuerpo. Necesito hacer esto para resistir la violencia del agua al desbordarse una vez tenga vía libre. Vosotros la sostendréis.

—Pero esto es muy peligroso.

—Lo sé, pero no hay otro remedio.

Allá dentro, Marlowe, que seguía sosteniendo con un solo brazo el cuerpo inanimado de Johnny, veía con terror creciente como el agua subía de nivel. Sólo un milagro podría salvarles.

Y el milagro se realizó. Pronto llegó a sus oídos el ruido de los golpes de Mack Kie destrozando la puerta. Derribado el obstáculo, el agua se desbordó, cayendo como una catarata sobre Mack Kie, y arrastrando los dos cuerpos de Marlowe y Johnny.

Unas horas después Mack Kie agonizaba en la litera de su camarote. Su cuerpo debilitado por el vicio del alcohol no había podido resistir el golpe recibido al ir a chocar contra las paredes del buque cuando fué arrastrado por las aguas.

Las manos de Marlowe realizaron la piadosa tarea de cerrar los ojos de aquel hombre que con el holocausto de su vida había redimido su culpa. Ahora, enterado de los motivos que habían provocado el incidente — Mack Kie lo había confesado todo antes de morir — Marlowe se aplicó a la tarea de conseguir cortar la vía de agua. No era tarea fácil, porque las bombas de mano estaban inutilizadas por la misma mano cri-

minal que había provocado la vía. Joe había querido arreglarlas con los «óptimos» resultados de siempre.

Horas enteras trabajó la tripulación para reparar una avería que había necesitado un solo minuto para producirse. Al peligro que representaba tener las bodegas completamente inundadas había venido a unirsele ahora un temporal terrible, que convertía el vapor en un juguete a merced de las olas. Los momentos eran difíciles. Una vez más el destino cruel se ensañaba con aquel marino honrado y pundonoroso, esclavo de su deber, capaz de morir antes de abandonar el barco que le había sido confiado, fiel a su honor profesional.

Por segunda vez en poco tiempo, hubo de hacer frente a un motín. Allá abajo, en el cuarto de máquinas, había cundido el pánico y el pobre Joe era incapaz de hacer nada para evitarlo. Los maquinistas abandonaban sus puestos, desertaban voluntariamente, subían de cuatro en cuatro los peldaños de las escalerillas que les separaban de cubierta. El temporal arreciaba. Todo, todo se ponía en contra suya. Sólo él y Johnny, ya vuelto en sí del desmayo que le había producido el golpe, eran dueños de sí mismos.

Uno de los marineros sugirió a Betty que fuera ella la que hablara al capitán para inducirle a abandonar el barco. Sabían que ellos no conseguirían nada, en cambio, era cosa cierta que a ella no le negaba nunca nada.

Pero esta vez ni los mimos, ni los llantos, ni las amenazas consiguieron el fin que se proponían. Marlowe tenía la evidencia de que podrían superarse ambos peligros, el de la inundación y el del temporal, y se negaba rotundamente a dar la orden de abandonar el barco.

Unas horas después todo parecía perdido, y sin embargo. Marlowe se mantenía firme en su decisión de desafiar el peligro. Todo el mundo le abandonaba, todos desertaban cobardemente de sus puestos menos Johnny. Revólver en mano hubo de imponerse a los marineros que se preparaban a soltar los botes, y bajo la misma amenaza les obligó a destruirlos. Así con aquel gesto atrevido y peligrosísimo, evitaba que hicieran un nuevo intento. ¡Tan seguro estaba de que conseguirían pasar el temporal y remediar el daño causado por la brecha de agua en la bodega!

Betty había sido recluida casi a viva fuerza en su camarote, con la prohibición de salir a cubierta. La mujer de Marlowe no se había resignado sin protesta, pero como uno de los marineros le había procurado una botella de whisky, de-

cidio tomarse las cosas con un poco de calma y empinar el codo. Estaba convencida de que iba a morir y ya no le importaba nada revelarles tal cual era a la vista de todos, hasta de su marido, aquel «cándido» lobo de mar que tan incautamente se había dejado atrapar por ella unos meses antes.

Bebió tan copiosamente que una hora después de haberse frustrado la intentona de la tripulación para abandonar el buque, estaba completamente borracha. El alcohol había ahogado en ella los últimos vestigios de dignidad, sacando a la superficie a la verdadera mujer que se ocultaba bajo el falso nombre de Joan, a Betty la Tanguista, la amiga de los marineros.

En aquel estado se le ocurrió salir del camarote y dirigirse al puente de mando. Allí estaban Marlowe y Johnny serenos y graves, íntimamente satisfechos de constatar que dentro de poco habrían dejado atrás el temporal, alejando uno de los peligros que se cernían sobre el barco.

El estupor de Marlowe al ver a su mujer borracha fué tan grande que por unos instantes perdió la noción de sí mismo. Pronto, muy pronto, las palabras de ella le hicieron caer la venda que hasta entonces le había cegado, y comprendió muchas cosas que hasta aquel momento se había obstinado en pasar por alto.

—¿Con que estáis aquí? — fué la primera salutación de Joan. ¡Bah! No sé porqué os preocupáis tanto del timón. Dentro de poco todos habremos ido a hacer compañía a los peces. No es muy bonito morir ahogado. La próxima vez que un marino me haga proposiciones lo mandaré a freír espárragos. Esto contando con que salga con vida de este trance.

—Joan — gritó Marlowe acercándose a ella y sacudiéndola violentamente.

Pero Joan no le oyó. Su cerebro embotado por el alcohol no tenía más que una sola idea. Revelarle a su marido su verdadera personalidad para vengarse del mal rato que estaba pasando.

—Ojalá no te hubiera hecho caso cuando me pediste que me casara contigo. Ahora no estaría aquí corriendo este peligro. ¡Con lo bien que me lo pasaba yo antes de conocerte! Era libre, libre como un pájaro. Todo el mundo quería a Betty la Tanguista. Sí, sí Betty la Tanguista. Te sorprende descubrir que tu mujer no es la santita que te habías imaginado.

Afortunadamente para ella, decidió bruscamente dar por terminada su perorata y marcharse, de lo contrario tal vez no

habría tenido necesidad de esperar a naufragar para ir a hacer compañía a los peces.

Johnny y Marlowe se miraron unos instantes en silencio. No hablaron ni una sola palabra, no hicieron ni un solo comentario sobre lo que acababa de presenciarse, pero sus ojos se dijeron lo que sus labios no se atrevían a pronunciar. Y Marlowe comprendió la noble actitud de su amigo al no repeler una agresión que no merecía, cuando descubrió a Betty en sus brazos.

Al día siguiente al amanecer había sido reparada la vía de agua, y en cuanto a la tempestad, hacía mucho rato que se había alejado. El mar estaba ahora tranquilo y manso, y las olas acariciaban la quilla del buque que unas horas antes parecían querer destruir. No tardaría mucho tiempo en divisarse en el horizonte la silueta de la pintoresca ciudad chilena. El barco llegaría al puerto de Valparaíso después de haber vencido una terrible borrasca y haber hecho abortar un complot para perderlo. Esta vez no habrían accionistas desaprensivos capaces de acusar a Marlowe de un acto al que era absolutamente ajeno.

EPÍLOGO

Pocos días después, la dulce y enamorada Ruth leía en la crónica marítima de un diario la hazaña de Marlowe. El nombre del bravo marino quedaba rehabilitado. Había cumplido hasta el último extremo el deber de un buen marino. No abandonar el buque ni ante el peligro grave. Había desafiado bravamente una avería a bordo, un motín, un complot, y una terrible borrasca en pleno océano. De aquí en adelante sería un honor para las casas navieras contar con un capitán de tan honrado historial en la plantilla del personal marítimo.

Ruth leyó emocionada el artículo a su padre.

—Es muy grande, muy grande lo que ha hecho Marlowe. ¿verdad, papá?

—Ha cumplido con su deber de marino hasta el sacrificio — comentó el padre sencillamente. —Ha sabido aprovechar las lecciones que yo le inculqué durante los años que viajamos juntos. Me siento orgulloso de él.

—¿Qué te parece si le enviara un cable felicitándole?

—Iba a pedirte que lo hicieras. Dile que esperamos verlo pronto, muy pronto por aquí.

El desengaño sufrido por Marlowe en la persona de su mujer había sido de tal magnitud, que le había curado de su amor por ella de una manera fulminante. El ídolo había caído al suelo y se había roto en mil pedazos. Se había dado cuenta de qué había estado amando a un fantasma, a una mujer que no existía en realidad, a un producto de su imaginación exaltada... Y lo había arrojado lejos de sí, con un sentimiento de asco y de desprecio. El divorcio solucionaría legalmente su situación, y Joan quedaría enterrada para siempre en el pasado. Mientras tanto, Betty la Tanguista, se exhibiría en Valparaíso, vistiendo las costosas toaletas que él le había pagado, y enamorando a Don Pancho, un chileno riquísimo, al que había echado el ojo apenas llegada a aquella ciudad.

Marlowe había decidido divertirse. Al diablo las preocupaciones, los amores serios, los sentimentalismos. Una novia en cada puerto, como todos los hombres de su profesión.

La noche antes de embarcar de nuevo para el puerto de salida, Marlowe acompañó a Johnny y a Joe, dispuestos los tres a correr una juerga por todo lo alto. No les costó gran trabajo encontrar en un restaurant a tres lindas chilenitas que quisieran acompañarles a cenar. Pero apenas Marlowe se había sentado y se disponía a templar el cuerpo con un poco de alcohol a fin de ponerse a tono con las circunstancias, recibió un cable, un cable que firmaba Ruth, en el cual, con breves palabras emocionadas ella le daba la enhorabuena...

Y Marlowe el «hombre fuerte», en realidad el eterno sentimental, se sintió invadido por una oleada de ternura, por un sentimiento de gratitud hacia aquella mujercita buena, y bella, que él había conocido de niña... Se levantó presuroso, dejando a sus compañeros que siguieran divirtiéndose como les diera la gana. Los deseos que le habían llevado allí acababan de desvanecerse por completo. Lo único que quería ahora era llegar al «bureau» del hotel y redactar un cable en respuesta al que había recibido de Ruth, la dulce, la buena, la tierna Ruth, que unas horas después le recibió emocionada, abriéndolo febrilmente y tratando de leer su contenido a través de las lágrimas de alegría que llenaban sus ojos y que aquel hecho tan simple le hacía derramar...

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
 * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
 * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
 * — 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerth y Jan Kiepura.
 * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
 * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
 * — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
 * — 8. *La tumba india*, por La Jana.
 * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
 * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
 * — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
 * — 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
 * — 13. *Una chita de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
 — 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
 — 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
 — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
 — 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
 — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
 — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssens.
 — 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
 — 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
 — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
 — 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
 — 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
 — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
 — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
 — 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
 — 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
 — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
 — 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
 — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
 — 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
 — 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
 — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
 — 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
 — 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
 — 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
 — 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
 — 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
 — 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
 — 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
 — 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
 — 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
 — 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
 — 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shoner.
 — 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
 — 47. *Águilas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.

* Agotadas.

En preparación

LUCHADORES DEL OESTE, interpretada por
BOB BAKER y J. FARRELL MAC DONALD